Huir a otra

Era verano en Sevilla, con el sol siempre ardía la prisión y el loco toribio que le servía la comida o la cena no dejaba ni un rato abierta la puerta y se paraba de espaldas en la ventana que daba al callejón Montoya y pegaba el brinco cuando dejaba el plato, diciendo: "Fuego, que se abrasa uno aquí", porque era tal el calor que despedía la hornaza. Para respirar Servando derramaba agua sobre los ladrillos o sobre ellos se tendía desnudo.

Así resolvió salvar la vida y se hizo propenso a huir de una ciudad a otra.

Empezó a desmoronar la pared a las once de la noche con un clavo alrededor de la ventanilla y le dio susto cuando vio que estaban muy juntas rejas y travesaños y puso la ropa de cama en la funda del colchón para venderla luego y dio con garrote a la otra reja, por donde pudo meter la cabeza y aun gritando sus carceleros no despertaron porque lo creyeron muerto y echó a correr por la muralla y salió como a las siete de la mañana por un barrio de gitanos y con la marea que baja cada seis horas lo que al volver con la mar sube lo mismo, llegó a Cádiz, donde no supo qué hacer pues no tenía dinero y sí vergüenza y sombrero nuevo. Se sabe que lo engañó un novohispano de su propia orden y, apresado nuevamente, se vio obligado a negociar su suerte. –